

CONTENIDO

EDITORIAL: AMÉRICA LATINA, LA BÚSQUEDA QUE NO CESA <i>César Adrián Ramírez Miranda</i>	13
LO RURAL EN EL METABOLISMO PLANETARIO <i>Victor M. Toledo</i>	25
EL FLUJO DE MAÍZ NATIVO EN TENEJAPA: COMPONENTE CLAVE DE LA APROPIACIÓN COLECTIVA DE LO VIVO Y LO INTANGIBLE <i>Thierry Linck y Renzo D'Alessandro</i>	45
LA CUESTIÓN ALIMENTARIA <i>Kostas Vergopoulos</i>	79
SOBERANÍA ALIMENTARIA Y DESARROLLO RURAL. IMPLICACIONES TEÓRICAS Y POLÍTICAS <i>César Adrián Ramírez Miranda</i>	93
LA COLONIALIDAD DEL TERRITORIO COMO ARTICULACIÓN HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL EXTRACTIVISMO EN AMÉRICA LATINA <i>Bárbara Jerez Henríquez y Boris Marañón Pimentel</i>	119
NOTAS SOBRE EL FRACASO DE LOS «GOBIERNOS PROGRESISTAS» Y EL DESARROLLO RURAL EN ESTE SIGLO <i>Guillermo Almeyra</i>	151
LA FRUCTÍFERA Y CONFLICTIVA RELACIÓN ENTRE FEMINISMOS E IZQUIERDAS MEXICANAS <i>Gisela Espinosa Damián</i>	165
POSICIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA CHAPINGO FRENTE A LA EVENTUAL RENEGOCIACIÓN DEL TLCAN. (PROPUESTA A LA COMUNIDAD ACADÉMICA) <i>César Adrián Ramírez Miranda, Bernardino Mata García, Rafael Ortega Paczka, Manuel Ángel Gómez Cruz, Tayde Morales Santos, Rita Schwentesius Rindermann y Renato Zárate Baños</i>	185



Universidad Autónoma
CHAPINGO



Dirección de Centros
Regionales Universitarios

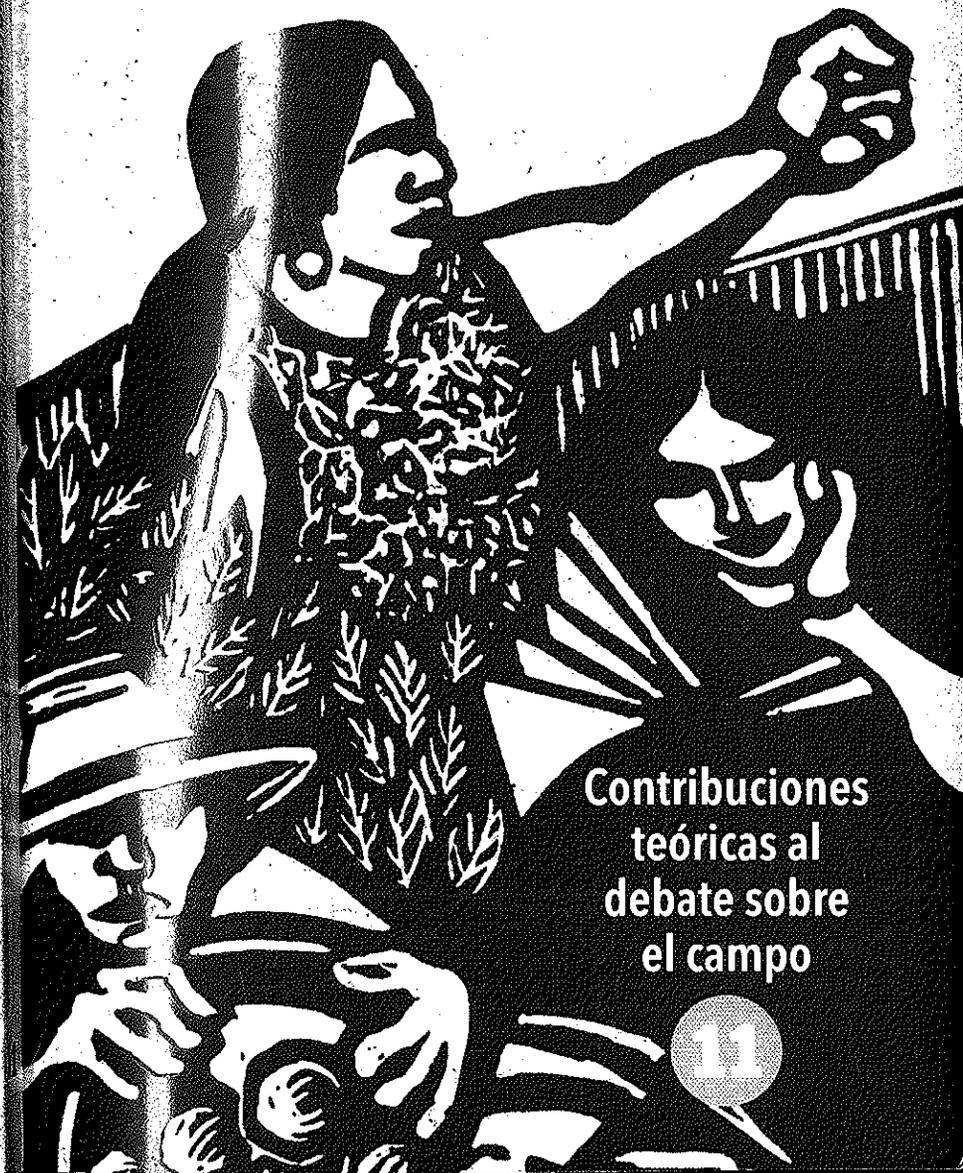


ALASRU



ALASRU

Nueva época. Análisis latinoamericano del medio rural



Contribuciones
teóricas al
debate sobre
el campo

11

AMÉRICA LATINA, LA BÚSQUEDA QUE NO CESA

César Adrián Ramírez Miranda

Las sociedades rurales de América Latina viven intensos procesos de cambio que se destacan por su complejidad y amplitud, así como por la profundidad de sus alcances. La presente década ha estado marcada por las diversas expresiones de un proceso de reestructuración capitalista que, sin alcanzar a concretarse, permea todos los ámbitos de la vida social a escala planetaria.

La gran crisis, vista como eclosión de la crisis alimentaria, la crisis energética y la crisis financiera, lejos de superarse abrió la puerta en 2016 a la crisis política en la principal potencia capitalista y junto con ello a un proceso de reconfiguración de los equilibrios geopolíticos mundiales, que nuevamente hace posible el escenario de una conflagración militar de gran escala. Y mientras ello sucede, la crisis ambiental se hace cada vez más evidente, frente a una sociedad que no parece comprender aun sus dimensiones.

El terremoto del 7 de septiembre de 2017 que devastó los sureños estados de Oaxaca y Chiapas, mostró la extremada vulnerabilidad de los territorios latinoamericanos y el grave deterioro institucional que caracteriza a la ruralidad neoliberal, al mismo tiempo que la capacidad de las comunidades para organizarse frente a la desgracia.

Chiapas y Oaxaca entidades sacudidas hoy por las fuerzas de la naturaleza, son también –como muchos de los espacios rurales latinoamericanos– el escenario de disputas territoriales entre las comunidades originarias y los megaproyectos extractivistas; espacios donde el debilitamiento de la agricultura campesina e indígena obliga a los jóvenes a emigrar dentro y fuera del país en condiciones sumamente precarias, ya sea a las zonas agroexportadoras o a las ciudades, pero donde también se cultivan alternativas al desarrollo en diferentes escalas, llámense producción agroeco-

lógica, escuelas campesinas, mercados alternativos o construcción de territorios autónomos. Asoladas por la violencia y el crimen organizado, la criminalización de la protesta, la pobreza y la desigualdad, la vulnerabilidad alimentaria y la histórica falta de políticas públicas acordes a las cosmovisiones, necesidades y problemáticas de la población indígena y campesina, las sociedades rurales de Chiapas y de Oaxaca, cargan un añejo historial de discriminación, despojos, agravios y proyectos desarrollistas devastadores del ambiente, pero también de luchas y de resistencia, por lo que resultan representativas de buena parte de los espacios rurales latinoamericanos.

En la búsqueda de mejores derroteros para los hombres y las mujeres del campo, la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU) lleva andado ya un largo trecho. Fundada en 1969, la asociación se ha esforzado por contribuir a la comprensión de los procesos de cambio social en el campo y a la formulación de propuestas de muy variada amplitud e índole. En este empeño siempre se ha considerado importante contar con una publicación periódica para difundir las investigaciones y los debates sobre la sociología rural y la cuestión agraria. Por ello entre 1992 y 1995 ALASRU publicó la *Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, y a partir de 2016 publica la *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales (ReLaER)*.

El ejemplar que el lector tiene frente a sí corresponde al undécimo y último número de la *Revista ALASRU Nueva Época. Análisis latinoamericano del medio rural*, proyecto editorial encabezado por la mesa directiva del periodo 2002-2006, con el propósito de establecer una mirada rigurosa sobre las profundas transformaciones del espacio rural latinoamericano. Vale recapitular, así sea de manera sintética, sobre el contenido de los diez números precedentes, publicados entre 2005 y 2014, con el propósito de resaltar algunos ángulos relevantes de la agenda que la asociación ha venido abordando a través de esta revista.

El número 1, fechado en mayo de 2005, compendió un conjunto de colaboraciones orientadas a dar cuenta de las profundas mutaciones que tenían lugar en el rural latinoamericano al despuntar el presente siglo. Cristóbal Kay aportó una visión histórica sobre las estrategias de vida y las perspectivas del campesinado en América Latina; José Graciano Da Silva y colaboradores refirieron los rasgos del nuevo mundo rural brasileño; Silvia Cloquell y Eduardo Azcuy analizaron las reformas neoliberales y las

transformaciones en la estructura social agraria pampeana en el periodo 1991-2001; Blanca Rubio escribió sobre el panorama rural mexicano frente a la globalización, mientras que Sergio Gómez y Carlos Schiavo realizaron sendas contribuciones sobre la agricultura en el modelo chileno y el Uruguay agrario; Luis Llambí disertó sobre los tratados de libre comercio y la pequeña agricultura en los países andinos, mientras que Fernando Eguren abordó las políticas agrarias en Perú en su ruta hacia un desarrollo excluyente y Manuel Chiriboga analizó la situación y perspectivas del sector agropecuario y rural de Ecuador; finalmente, Mario Pensado aportó una visión sobre el estado de malestar social y la situación de las organizaciones campesinas en Centroamérica y Panamá. Memorables como resultaron estos artículos en un volumen que rebasó las 350 páginas, también lo fue el comentario de Guillermo Almeyra en el lanzamiento de esta nueva época de la revista: palabras más, palabras menos, Almeyra, quien nos ofrece una aguda contribución en este volumen, señaló, haciendo referencia a la portada, que el primer número de la revista se parecía a ciertos dulces italianos que dejaban un muy buen sabor de boca, pese a que su envoltura era en realidad poco atractiva.

Fechado en diciembre de 2005 y atendido el tema de las portadas, el número 2 de la revista se abocó al análisis de las luchas sociales en el espacio rural. James Petras y Diego Piñeiro aportaron visiones a escala latinoamericana sobre el tema: el primero argumentó sobre la centralidad de los movimientos campesinos en América Latina y puntualizó sus logros y limitaciones, el segundo analizó la construcción de la identidad de la acción colectiva en el campo latinoamericano. Profundos análisis de los movimientos sociales en la escala nacional fueron presentados por Armando Bartra, Guillermo Almeyra y Luciano Martínez, sobre México, Argentina y Ecuador, respectivamente, mientras que Bernardo Mançano, contribuyó con una reflexión sobre los desafíos de la geografía agraria para explicar las políticas de reforma agraria en los gobiernos de Cardoso y Lula. Adicionalmente, este número incluyó cuatro estudios de caso que abordaron los siguientes temas: los cambios en la estructura de autoridad de los pehuenche del Alto Biobío en Chile, el Consejo Nacional de Seringueiros y el nuevo colonialismo en la Amazonia, el movimiento campesino de Santiago del Estero en Argentina, y los movimientos sociales rurales en Paraíba, Brasil, vistos a través de la historia oral.

El tercer número de la revista, octubre del 2006, tuvo como tema el debate teórico rural contemporáneo y constituye un antecedente del volumen que el lector tiene en sus manos. En dicho número se encuentran *Regresando a lo histórico-mundial: una crítica al retroceso postmoderno en los estudios agrarios*, de Farshad Araghi y Philip Mc. Michael; *Crítica al enfoque del desarrollo territorial rural*, de quien suscribe estas líneas; *Una teoría con campesinos: los despojados del nuevo imperialismo*, de Blanca Rubio; *La nueva agenda de investigación de la sociología rural*, de Armando Sánchez; *Reflexión teórica de la nueva ruralidad*, de Eliézer Arias; *Aportes para la discusión teórica de las transformaciones que vienen ocurriendo en el sector agroalimentario venezolano*, de Agustín Morales; *Desarrollo territorial sustentable, el camino político hacia la construcción territorial*, de Rafael Echeverri; *Procesos de crecimiento endógeno y desarrollo territorial rural en América Latina. Enfoques teóricos y propuestas de política*, de Luis Llambí y Magda Duarte; *La economía y la política en la apropiación de los territorios*, de Thierry Linck; *Diferentes miradas conceptuales del desarrollo rural en los últimos 50 años*, de Juan Romero; *Campesinado en Argentina: del estudio de la categoría al estudio de la apropiación de la categoría. El papel del científico social en este proceso*, de Laura Díaz y colaboradoras, y *¿Espacios rurales, pobladores rurales o prácticas rurales? Chacay oeste y su área de influencia*, de Andrea Daniela Franco.

El VII Congreso de ALASRU cuya divisa fue *La cuestión rural en América Latina. Exclusión y resistencia social*, se realizó en Quito, Ecuador, del 20 al 24 de noviembre de 2006, en un ambiente de efervescencia política y académica, horas antes de la votación que en segunda vuelta llevó a Rafael Correa a la presidencia de ese país y mientras en México la Comuna oaxaqueña era desmantelada mediante la represión, en la víspera de la toma de posesión de Felipe Calderón. El número 4 de la revista, disponible al iniciar el congreso de Quito, compendió las ponencias magistrales y de las mesas redondas, por lo que reúne las excelentes aportaciones de Blanca Rubio, Jaques Chonchol, Cristóbal Kay, Carmen Diana Deere, Armando Bartra, Víctor Bretón Solo de Zaldívar, Fernando Eguren, Luciano Martínez Valle, Mónica Bendini, Alessandro Bonanno, Ramón L. Espinel, Bernardo Mançano, Víctor M. Quintana, Ana Galmarini, Luisa Paré, Silvia Cloquell, José Luis Calva y Francisco Hidalgo Flor.

El número 5 de la revista compendia algunas de las ponencias prin-

cipales del VIII Congreso, realizado del 15 al 19 de noviembre de 2010 en Porto de Galinhas, Brasil, bajo el tema *América Latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa*. Ahí se encuentran junto con la ponencia de apertura de María de Nazareth Baudel Wanderley, las contribuciones de Manuel Belo Moreira, José Graziano Da Silva y colaboradores, Luisa Paré, Norma Giarracca y Miguel Teubal, Carmen Diana Deere y colaboradoras, Silvia Cloquell, Ernel González, Antonio Suset y Elba Soto.

Arturo León (q.e.p.d.) se propuso recuperar la periodicidad de la revista y encomendó nuevamente a Blanca Rubio formular el proyecto editorial para el periodo 2010-2014. Al conformarse nuevamente el comité editorial se estableció una programación dirigida a dar cuenta de los temas más relevantes de la agenda rural latinoamericana. De esta manera, el número 6, lanzado en octubre de 2012 actualizó el inventario de los procesos de cambio en el espacio rural. Correspondió a Guillermo Almeyra ofrecer una visión panorámica de dichos procesos al referirse a los cuatro jinetes del Apocalipsis del mundo rural latinoamericano: la emigración, la minería, los megaproyectos hídricos y el agronegocio monocultivador; José Bengoa brindó una colorida estampa de la sociedad rural en el Chile del Bicentenario; Darío Fajardo aportó sus reflexiones sobre la contribución del modelo de desarrollo agrario a la perspectiva de una crisis alimentaria en Colombia; Bernardo Mançano y colaboradores escribieron sobre la cuestión agraria y las disputas territoriales en Brasil; Eduardo Azcuy y Gabriela Martínez abordaron la evolución de la producción agrícola, la estructura socioeconómica y la acción colectiva en la pampa húmeda argentina de 1991 a 2010; a su vez, Marcel Achkar y colaboradores, entre ellos Carlos Schiavo, se refirieron a los procesos de concentración, extranjerización y exclusión agraria en Uruguay; mientras que Óscar Bazoberry escribió sobre Bolivia como una oportunidad política para el desarrollo rural, Víctor Suárez documentó categóricamente que la agricultura mexicana del siglo XXI expresa el fracaso de la alternancia de derecha y de la continuidad neoliberal. La cereza de este número fue la entrevista a Hugo Blanco, intitulada *Para sobrevivir, retornar a nuestras raíces*.

El número 7 de la revista (agosto de 2013), fue coordinado por Ana Esther Ceceña y Blanca Rubio, bajo el tema *Alternativas políticas y políticas alternativas en el campo latinoamericano*; la primera de ellas planteó la tesis de la Madre Tierra como sujeto de la historia, mientras que la segun-

da analizó las alternativas políticas de lo rural en una etapa de transición, refiriéndose a los dilemas de los gobiernos postneoliberales y progresistas frente al extractivismo.

Francisco Hidalgo abordó el problema del neodesarrollismo, la cuestión agraria y el Buen Vivir, mientras que Raquel Gutiérrez y Huascar Salazar también se refirieron al accidentado camino del Buen Vivir y a los horizontes indígena-originario-campesinos en Bolivia durante el gobierno de Evo Morales. Por su parte, Gabriela Martínez destacó las rupturas y continuidades en el agro pampeano a partir de la crisis del modelo neoliberal.

Neptalí Monterroso abordó la propuesta para el desarrollo rural del nuevo gobierno guatemalteco en tanto posible vía para la transformación sistémica y la integración de los campesinos; Ramón L. Espinel, analizó el trinomio ruralidad, acceso a la tierra y soberanía alimentaria, mientras que Isaías Tobasura y Luis Felipe Rincón analizaron la resistencia campesina en el Magdalena Medio colombiano, mediante el caso de la Asociación campesina del Valle del río Cimitarra. Dos magníficas piezas en este número son *Gente de milpa*, de Armando Bartra y la entrevista a Joao Pedro Stédile, miembro de la dirigencia del MST (Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra).

Territorio, conflicto y justicia ambiental fue el tema del número 8 de la revista, coordinado por Luisa Paré y Carlos Cortez (mayo de 2014) y caracterizado por la notoria participación de jóvenes investigadores. Gian Carlo Delgado abordó la relación entre extractivismo, ecología política y construcción de alternativas en América Latina, y Patricia Ávila refirió la neoliberalización del agua y sus impactos territoriales también a escala latinoamericana; los estudios a escala nacional corrieron a cargo de Omar Arach y de Raúl Contreras, el primero analizó *el consenso oleaginoso*, los agronegocios y el nacional-desarrollismo en la Argentina de la *post-convertibilidad*, el segundo desmenuzó los orígenes y el proceso de consolidación del paisaje extractivista en el Chile neoliberal. Tres estudios en la escala local completaron este encuadre, dos de ellos sobre Brasil: el de Alessandra Traldi que abordó la cuestión indígena en Belo Monte, y el de Guilherme F. W. Radomsky referido a los conocimientos situados y la biodiversidad al analizar las tensiones entre las prácticas de los pequeños agricultores ecológicos del sur de Brasil y el régimen internacional de

propiedad intelectual; sobre México, Jacobo Arellano y Cristóbal Santos analizaron el caso del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, entre el desarrollo regional y la defensa del territorio. Finalmente se incluye la *Declaración Política de la Cumbre Agraria, Étnica y Popular*, realizada en Bogotá del 15 al 17 de marzo de 2014.

El número 9 de la revista se destinó al tema de *Agricultura familiar campesina y soberanía alimentaria*. Coordinado por Beatriz de la Tejera, Cristina Steffen y quien suscribe, este volumen apareció en octubre de 2014, solamente en versión electrónica, disponible en internet. En el Año Internacional de la Agricultura Familiar el debate sobre la cuestión campesina cobró nuevo aliento. En este número destacan las contribuciones de Sergio Schneider sobre la evolución y características de la agricultura familiar en Brasil, y de Ana de Ita sobre un balance de la economía campesina y la agricultura empresarial en México, veinte años después de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio para América del Norte. El análisis de la agricultura familiar campesina en Argentina, sus contextos, concepciones y experiencias organizativas para la soberanía alimentaria, lo realiza Facundo Martín; mientras que Angelina Herrera Sorzano y Roberto González Sousa abordan el papel de la pequeña propiedad en la agricultura en Cuba. Arilde Franco y Edgard Afoinso Malagodi, lanzan una interrogante: ¿la multifuncionalidad de la agricultura es retórica o constituye una herramienta de análisis para el desarrollo rural? David Vásquez por su parte argumenta que la agroecología al confrontar al agro-negocio sienta bases para la transformación de las relaciones sociales de producción en el campo; en la misma vertiente, Silvana Aparecida Lucato analiza la producción de territorio de la agricultura orgánica como opción para la agricultura familiar.

Estudios de caso que aportan al entendimiento de la agricultura campesina, hoy llamada familiar, son los de Belem y colaboradores sobre el impacto del mercado institucional de alimentación escolar en el fortalecimiento de la agricultura familiar, el de Patricio Vértiz sobre las estrategias de persistencia de la producción familiar láctea en la cuenca de abasto Sur de Buenos Aires y el de Liliانا Cabrera y colaboradores sobre las transformaciones de la agricultura familiar en Río Grande do Sul, Brasil. También resultan interesantes las aproximaciones de Ernesto Navarro y colaboradores al tema de la transformación o extinción de los agroecosistemas

periurbanos, a partir de indicadores de sustentabilidad, así como de Gaby Quagliariello al desarrollo reciente de la cunicultura en Mendoza, Argentina y la construcción de SIAL.

Sociedades rurales latinoamericanas, diversidades, contrastes y alternativas, fue la divisa del IX Congreso de ALASRU, realizado en la Ciudad de México del 6 al 11 de octubre, apenas unos días después de que la herida de Ayotzinapa mostrara al mundo la descomposición del régimen de violencia e impunidad en que se debate nuestro país. El número 10 de la revista, disponible al igual que los de 2006 y 2010 al iniciar el congreso, compendió una buena parte de las conferencias magistrales y de las ponencias en las mesas redondas. En otro volumen de gran calado, también disponible en internet, quedan las excelentes aportaciones de Armando Bartra, Kostas Vergopoulos, Carlos Walter Porto-Goncalves, José Bengoa, Abelardo Morales, Blanca Rubio, Sergio Gómez, Alberto Riella, Diego Piñeiro y Joaquín Cardellaic, Mónica Bendini, Gabriela Martínez, Darío Fajardo, Xóchitl Bada y Jonathan Fox, Luisa Paré, Isaías Tobasura, María Arias y Arisbel Leyva, Armando Sánchez y Ramona Margarita Domingo.

Renovada que fue la mesa directiva de la asociación, bajo la presidencia de Alberto Riella para el periodo 2014-2018 y establecidos los canales para el lanzamiento de *ReLaER*, en formato digital y conforme a los cánones de las revistas *indexadas*, quedaba pendiente el número 11 de la *Revista ALASRU Nueva Época*, encomendado a quien suscribe y programado para tratar el tema del debate teórico sobre el campo latinoamericano. Las contribuciones en este volumen, como veremos en seguida, señalan vetas amplias para impulsar la reflexión teórica, desde sus fundamentos epistemológicos y ontológicos.

Víctor Toledo abre el debate teórico con *Lo rural en el metabolismo planetario*, texto en el que llama la atención sobre la pertinencia del concepto de metabolismo social, para examinar lo rural desde una perspectiva teórica de índole socioambiental, ello en congruencia con los nuevos paradigmas científicos del pensamiento complejo que buscan integrar los procesos sociales y los naturales, así como la dimensión espacial y el diálogo de saberes. Al develar las dimensiones, las escalas y las temporalidades del metabolismo social, en su relación con las formas básicas de apropiación de la naturaleza, Toledo da cuenta de los alcances heurísticos y las implicaciones metodológicas de esta perspectiva socioambiental. En

suma, nos propone, el modelo de flujos de materia y energía se torna el eje teórico y metodológico para el análisis de lo rural o agrario y es la disponibilidad de los datos lo que determina el ensanchamiento o reducción de los espacios dentro de los cuales se analizan los mencionados metabolismos, sus procesos, articulaciones y sinergias, tanto en el presente como en el devenir histórico.

Thierry Linck y Renzo D' Alessandro, en *El flujo de maíz nativo en Tenejapa: componente clave de la apropiación colectiva de lo vivo y lo intangible*, ofrecen una aproximación ontológica sobre los saberes locales, vistos como conocimientos vivos que conforman bienes complejos, construidos y apropiados colectivamente, en procesos que asocian íntimamente los conocimientos técnicos y los relacionales. Cuando las comunidades tzeltales de Tenejapa, Chiapas, intercambian sus maíces –subrayan los autores– junto con las semillas, circulan y se comparten genes y conocimientos, asegurando así la diversidad y la adaptabilidad genéticas, dos características que condicionan la preservación de la biodiversidad. Con el flujo de estas semillas también se reproducen las relaciones sociales y el vínculo estructurante de las comunidades con la tierra.

En la medida en que la circulación de los genes y de los conocimientos se inscribe en las temporalidades largas propias de los procesos biológicos y de los aprendizajes, la conservación de la biodiversidad procede de una relación entre lo humano y la naturaleza distinta a la racionalidad occidental capitalista, cuya lógica implica el acaparamiento, la instrumentalización y la deconstrucción de lo vivo y lo cognitivo.

Kostas Vergopoulos en *La cuestión alimentaria*, subraya desde la perspectiva de la economía política los efectos de la financiarización de la economía alimentaria y los vínculos de este proceso con el cambio climático, combinación nefasta que se refleja en el encarecimiento y la volatilidad en los precios de los bienes alimentarios en las escalas nacional e internacional, así como en la degradación permanente de las condiciones de producción. Al cuestionar las prescripciones neoliberales, el autor reivindica el reconocimiento del sector alimentario como un asunto de utilidad pública y social, cuya regulación debería ser salvaguardada por los Estados nacionales con una participación amplia de las familias campesinas y con la supervisión y apoyo de los organismos internacionales.

En *Soberanía alimentaria y desarrollo rural. Implicaciones teóricas y*

políticas, de mi autoría, se resalta la importancia del concepto de soberanía alimentaria y su fuerza movilizadora; debido a que el concepto ha ganado múltiples atributos derivados de su crítica radical al régimen agroalimentario corporativo, se llama la atención sobre los principales ejes conceptuales y políticos involucrados en la cuestión alimentaria actual: las luchas por el territorio y la cuestión del Estado. Se destaca la importancia de profundizar las implicaciones anticapitalistas de las luchas por la soberanía alimentaria, así como de recuperar la articulación de estas en un proceso de desarrollo más amplio en el que la recuperación de la soberanía en sus diferentes formas constituye una premisa insoslayable.

La contribución de Bárbara Jerez y Boris Marañón permite destacar la importancia de introducir la perspectiva de la colonialidad del poder al debate teórico sobre el mundo rural. En su artículo *La colonialidad del territorio como articulación histórico-estructural del extractivismo en América Latina* postulan que el capital extractivo, basado en las clasificaciones moderno/coloniales de sujetos, territorios y saberes que lo sostiene, genera una colonialidad del territorio como dispositivo histórico-estructural que superpone una territorialidad extractivista que articula las diversas dimensiones de la colonialidad del poder para tomar el control simbólico y material de las regiones en las que actúa. Frente a ello brotan experiencias que abonan a una descolonialidad del territorio, entendida como un horizonte epistémico que abarca otras formas de convivencia basadas en los principios del Buen Vivir, la sustentabilidad, la soberanía alimentaria y las democracias territoriales.

Guillermo Almeyra, nos ofrece desde Marsella sus *Notas sobre el fracaso de los «gobiernos progresistas» y el desarrollo rural en este siglo*. Almeyra destaca que dichos gobiernos surgen en momentos de aguda crisis económica y política, por lo que se fijan como objetivo lograr un «capitalismo nacional humano» pero sin dismantelar las instituciones capitalistas reaccionarias. Aunque algunos de sus líderes evolucionan ideológicamente hasta un anticapitalismo sincero pero retórico, sus políticas no logran superar el fortalecimiento del Estado capitalista. Aún más, su visión localista de la economía permite mantener inalterable el tipo de exportaciones de materias primas cuyos precios son fijados por las transnacionales, así como las importaciones de alimentos que resultan en la destrucción de la producción agroalimentaria nacional.

La fructífera y conflictiva relación entre feminismos e izquierdas mexicanas es el título de la contribución de Gisela Espinosa Damián, quien reflexiona desde una perspectiva histórica sobre la construcción del sujeto feminista como un sujeto múltiple que no puede encerrarse en una sola identidad o estrategia política. La diversidad de rutas contenidas en el movimiento obliga a hablar en plural: *los feminismos*. Pero la diversidad se produce en tensas y ricas relaciones entre las vertientes feministas y entre éstas y las izquierdas sociales. En este complejo proceso en el que se destacan las vertientes popular e indígena del feminismo por su radicalidad e impacto en los espacios rurales, también se enfatizan los avances y retos que implica construir un movimiento que, respetando las diferencias, potencie la solidaridad y los procesos emancipatorios.

Finalmente, se incluye en este número el documento *Posicionamiento de la Universidad Autónoma Chapingo frente a la eventual renegociación del Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN)*, en el que, ejerciendo el derecho de reflexionar, proponer y actuar de manera autónoma, se postula que la definición más adecuada para la población mayoritaria del campo mexicano es sacar a la agricultura y a la ganadería del TLCAN, para emprender de manera inmediata una política de fortalecimiento de la agricultura campesina e indígena orientada a la recuperación de la soberanía alimentaria y el desarrollo rural.

Visto en su conjunto, el número 11 invita a enriquecer el debate teórico sobre el campo latinoamericano. Incorporar nuevos enfoques y conceptos en diálogo con los encuadres interpretativos que resisten el paso del tiempo, siempre dará buenos frutos, máxime que la realidad nos empuja a esa búsqueda. Rebobinando sobre las aportaciones en este número, desde un México convulsionado por los feminicidios, las catástrofes naturales y la renovada arrogancia del imperio, podemos resaltar, a la luz del artículo de Gisela Espinosa, que no habrá emancipación sin las mujeres ni avance teórico sin incorporar de manera efectiva la perspectiva de género al estudio de los problemas rurales. Con Guillermo Almeyra, Bárbara Jerez y Boris Marañón, se destaca la magnitud del desafío colonial e imperialista para nuestros pueblos y la necesidad de construir las autonomías políticas e ideológicas a ras de los territorios. Kostas Vergopoulos y Thierry Linck nos invitan a reconocer la amplitud teórica y el rigor conceptual que demanda el tratamiento de la cuestión alimentaria. Y Víctor Toledo

NOTAS SOBRE EL FRACASO DE LOS «GOBIERNOS PROGRESISTAS» Y EL DESARROLLO RURAL EN ESTE SIGLO

Guillermo Almeyra¹

RESUMEN

Se analizan las condiciones en que nacen y se desarrollan los gobiernos «progresistas» para explicar sus fracasos. Como hijos ilegítimos del capitalismo surgen en momentos de aguda crisis económica y política; sin dismantelar las instituciones capitalistas reaccionarias, se fijan como objetivo lograr un «capitalismo nacional humano». Algunos de sus líderes evolucionan ideológicamente desde sus primeras posiciones hasta un anticapitalismo sincero pero retórico, sin que sus políticas logren superar el fortalecimiento del estado capitalista. Su visión localista de la economía permite mantener inalterable el tipo de exportaciones de materias primas cuyos precios son fijados por las transnacionales, así como las importaciones de alimentos que resultan en la destrucción de la producción agroalimentaria nacional.

Palabras clave: extractivismo, América Latina, mundialización

AMÉRICA LATINA, UN MOSAICO DE LUCHAS

Se argumenta que los gobiernos progresistas no preparan a los trabajadores para que terminen con el régimen de explotación, de opresión y discriminación étnica y social que impide el desarrollo material y cultural de sus países, sobre todo en las zonas rurales. Se concluye que no hay fórmulas

¹ Doctor en Ciencias Políticas (Universidad París VIII), ex profesor investigador en la UNAM y la UAM-Xochimilco (Posgrado Integrado en Desarrollo Rural), analista internacional de *La Jornada*.

para el desarrollo rural fuera de las que están aplicando quienes resisten colectivamente al despojo o los que forman organismos autónomos para defenderse de la agresión del Estado capitalista y de sus socios. El desarrollo rural es formador político, en las movilizaciones y en la teoría, de movimientos anticapitalistas que luchan por imponer un cambio social. El desarrollo en las regiones rurales de los diversos países depende obviamente del tipo de relaciones entre las ciudades y el campo, del grado histórico de vieja urbanización de cada país y de la extensión geográfica y las comunicaciones de éste así como de la logística, del grado de cultura, organización, solidaridad comunitaria de las poblaciones de las diversas regiones y de las políticas del Estado en cada fase de evolución del capitalismo mundial, que es el marco donde todos los Estados se mueven e interactúan.

Por eso no existe una «América Latina» que abarque desde México en Norte América hasta la Antártida y desde el Pacífico al Atlántico y el Caribe sino, en el mejor de los casos, varias regiones con similitudes históricas, sociales, étnicas y geopolíticas —por ejemplo y *grosso modo* México y Centroamérica, la zona de la Gran Colombia, la región Andina y el anterior virreinato del Río de la Plata, que abarcaba la capitania de Chile, el Alto Perú, Paraguay y el sur de Brasil.

Por consiguiente, no sólo hay que analizar cada una de esas regiones en su devenir histórico como proceso dentro del desarrollo del sistema capitalista mundial, sino que también es necesario estudiar las particularidades locales que, en el marco general de cada fase mundial, determinan los ritmos propios de cada uno de esos procesos.

No existen naciones e identidades nacionales definitivamente formadas. La nación también es un proceso resultante de la selección de los elementos y fenómenos sociales locales que nacieron a escala regional y que son válidos para otras regiones. No hay identidades sino una serie de múltiples identificaciones con determinados procesos culturales, políticos, sociales a veces contradictorios (el catolicismo y las viejas relaciones comunitarias prehispánicas, por ejemplo).

No hay así países homogéneos sino características geográficas, históricas, culturales compartidas incluso más allá de las fronteras (el río de la Plata y el sur del Brasil, Chiapas y el norte de Guatemala, la zona aymara peruano-boliviana y muchas otras más).

No existe pues un solo México y las diferencias entre Sonora y Tabasco u Oaxaca son enormes. Por lo tanto no se puede pensar en identidades definidas de una vez para siempre y siempre inmutables en las que funcionarían recetas y modelos generalmente importados. Por eso los movimientos sociales al igual que los gobiernos capitalistas llamados «progresistas» que surgen en situaciones y lugares concretos, deben ser analizados históricamente y en la correlación en que nacen y se desarrollan.

LOS GOBIERNOS «PROGRESISTAS», HIJOS ILEGÍTIMOS DEL CAPITALISMO

Los gobiernos llamados por comodidad «progresistas», como el de Lázaro Cárdenas, el de Juan Domingo Perón, el de Juan Velasco Alvarado, el del general Juan José Torres en Bolivia, el de Hugo Chávez en Venezuela, el de Néstor Kirchner en Argentina, y los de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador o Fernando Lugo en Paraguay, nacen en momentos de aguda crisis económica y política en sus respectivos Estados, en el seno de instituciones capitalistas reaccionarias y se fijan como objetivo defender el sistema capitalista en crisis o, utópicamente, lograr un «capitalismo nacional humano».

Todos ellos canalizan hacia el Estado capitalista un movimiento social de protesta contra las clases dominantes y el sistema que no iniciaron y que carece de programa definido y de dirección propia y, por eso, «compran la bronca» en el aparato de dominación resquebrajado de la burguesía.

El general primeramente callista Lázaro Cárdenas, que dio nuevo impulso a la Revolución mexicana distribuyendo millones de hectáreas de tierras ocupadas por los campesinos (pero garantizando a los henequeneros y ganaderos exportadores) se apoyó en las movilizaciones campesinas y obreras para echar a Calles al exilio, hacer su programa de reformas y enfrentar las amenazas imperialistas. Una vez institucionalizados y estatizados los movimientos obreros y campesinos y cuando la situación mundial cambió, pese a sus ideas democráticas y de izquierda no resistió a la derecha sino que facilitó el triunfo de Manuel Ávila Camacho, el fundador del PRI.

Juan Domingo Perón era un coronel admirador de Mussolini, partidario del triunfo militar del eje nazifascista y del falangismo español. Fue organizador del golpe de 1943 contra la intervención argentina en la guerra contra el Eje. Ya en el gobierno militar heterogéneo fue convencido por

el coronel Mercante, hijo de ferroviario, de que le convenía apoyarse en los sindicatos para enfrentar a sus adversarios militares y oligarcas. Compró así y cooptó dirigentes sindicales anarcosindicalistas, comunistas y sobre todo del Partido Socialista y poco a poco logró popularidad entre los obreros al hacer concesiones laborales importantes, lo que le permitió someter los sindicatos al aparato estatal y crear desde allí su partido.

Surgió de la división del ejército y con el apoyo del sector de la Iglesia católica más fundamentalista, falangista y profascista pero su base social fue obrera, combativa, reivindicativa. Cuando en 1953, terminada la guerra de Corea, la situación económica mundial y de la Argentina cambió Perón inició una política de ajuste antiobrero que debilitó socialmente su gobierno. Ante un enésimo golpe militar escapó en 1955 al Paraguay gobernado por el dictador Alfredo Stroessner, a quien había ayudado a llegar al gobierno.

Juan Velasco Alvarado reprimió y aplastó la rebelión de los pequeños campesinos quechuas y aymaras del Valle de la Convención, en Cusco, dirigida por Hugo Blanco. Después hizo una reforma agraria desde el gobierno para evitar la revolución agraria desde abajo y modernizar la estructura social en el campo peruano, en manos hasta entonces de una oligarquía de latifundistas en las zonas altas y de transnacionales azucareras en la costa. Intentó construir una agricultura capitalista, basada en relaciones salariales, para tener un mercado interno más amplio al mismo tiempo que hacía las reformas. Después fue derrotado por otro golpe más a la derecha.

Juan José Torres, de Bolivia, fue el general que reprimió a los mineros, combatió a la guerrilla del Che Guevara, a quien mató. Se apoyaba en un sector nacionalista del ejército que buscaba apoyo popular para resistir a sus adversarios.

La existencia de gobiernos «progresistas» dirigidos por militares resulta siempre de la profunda crisis de las instituciones llamadas a mantener el «orden» capitalista. Del mismo modo que en las revoluciones por la independencia en el siglo XIX miembros del bajo clero y de las fuerzas armadas realistas participaron en las rebeliones o las encabezaron, en el siglo pasado cada gran crisis golpea las instituciones estatales y provoca grietas en ellas, oponiendo curas de base a las jerarquías religiosas y oficiales de menor graduación a los altos mandos.

La crisis rompe las disciplinas de los aparatos represivos como la Iglesia católica o las fuerzas armadas y hace aflorar en ellos las diferencias sociales. Tal fue el caso de los generales Velasco Alvarado, Torres o de Chávez o de los curas Camilo Torres en Colombia o Carlos Mugica, en la Argentina, entre otros, los militares porque por su origen popular eran más sensibles a la inquietud social y los curas porque pertenecientes a las oligarquías tenían el privilegio de la cultura y decidieron aceptar las orientaciones del Concilio Vaticano II y la opción hacia los pobres.

Los gobiernos «progresistas» no nacen como tales: su carácter original se transforma al cambiar la relación de fuerzas entre las clases en favor de los trabajadores gracias también al contenido que éstos tratan de darle a los procesos de cambio parcial desde el control social hacia las reformas.

Dichos gobiernos son la excepción y no la regla entre los gobiernos capitalistas de los países dependientes y nacen cuando una gran crisis resquebraja el viejo sistema de dominación (1929-32; Cárdenas, el fin de la guerra mundial; Perón, las rebeliones indígenas y campesinas peruanas y Velasco Alvarado, las luchas en Bolivia con gérmenes de doble poder en el caso de Torres, y el Caracazo, en el de Chávez).

La acumulación del capital se realiza mundialmente, pero se expresa localmente, aunque con una mezcla de tendencias comunes y de variantes locales, en la acción del Estado de cada país. Es necesario, por lo tanto, pensar mundialmente la evolución del sistema capitalista mundial y sus diversas fases al mismo tiempo que se tienen en cuenta las peculiaridades sociales nacionales o regionales.

ANCLAS DE SALVATAJE

Como en *El Gattopardo* de Di Lampedusa, los dirigentes de los llamados gobiernos «progresistas» buscan cambios para que todo siga igual; para preservar el capitalismo y evitar su destrucción revolucionaria, intentan una redistribución del ingreso nacional que preserve e incluso aumente la tasa de ganancia de las grandes empresas. Algunos de sus líderes, como Hugo Chávez y Evo Morales, evolucionan ideológicamente desde sus primeras posiciones hasta un anticapitalismo sincero pero retórico sin que, sin embargo, sus políticas logren superar el desarrollismo y el fortaleci-

miento del Estado capitalista. Los gobiernos «progresistas» son el ancla de salvataje de un capitalismo que está hundiendo la civilización mediante sus atentados contra mares, aire, suelos (Almeyra, 2016).

En el siglo anterior era aún posible pensar en algunos países que, una vez derrotados el nazifascismo y el agresivo imperialismo japonés, sería posible la humanización y democratización del sistema capitalista, y una gestión racional de los recursos. Los llamados 30 gloriosos –los años de la reconstrucción y de la ampliación del mundo capitalista– parecieron dar la razón a las tendencias socialdemócratas y social-liberales de dichos países, sobre todo después del fin de la Guerra Fría y de la desaparición de la Unión Soviética y de su bloque de Estados llamados «socialistas». Pero pronto la realidad desmintió esa ilusión.

El capitalismo conquistó los inmensos mercados de China y de la ex Unión Soviética y durante unos años recompuso la tasa de ganancia, pero ésta volvió a caer a partir del 2008 y la crisis prosigue (la tasa de crecimiento del PIB de los países avanzados es apenas igual o inferior a la tasa de crecimiento demográfico, lo que hace que el PIB per cápita esté estancado o retroceda). Las desigualdades crecen no solamente entre los diversos países sino también en el interior de cada uno de ellos. El precio bajísimo del petróleo, que es una materia prima estratégica y agotable sobre la cual están basados la producción energética y el transporte, impide pasar a tecnologías nuevas y a las fuentes renovables de energía, pues en vez de invertir en esa renovación las empresas siguen utilizando las viejas usinas, que han sido ya varias veces amortizadas.

El resultado es una altísima contaminación por gas carbono en los países más industrializados y la condena a corto plazo de los países dependientes productores de gas y de petróleo e incapaces de renovar sus fuentes de energía y de ingresos.

La mundialización condujo, por otra parte, a un fenómeno nuevo. Los grandes grupos capitalistas mexicanos así como las compañías transnacionales (sobre todo estadounidenses y canadienses) ocupan el 26% del territorio mexicano compitiendo por el agua con las poblaciones y la agricultura. Además, apenas pagan impuestos, pues entre 2005-2010 obtuvieron 552 mil millones de pesos de ganancias y sólo pagaron 6 000, cerca del uno por ciento (Cárdenas, 2013). El mismo fenómeno se observa en

otros países latinoamericanos, como Bolivia o Perú y en la región andina argentina. Durante el gobierno de Felipe Calderón en México, el número de concesiones mineras concedidas aumentó en un 224% con respecto al gobierno anterior. En Argentina el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner hizo exactamente lo mismo y llegó a inaugurar una compañía estatal de producción de carbón para una usina a carbón situada junto a los glaciares el mismo día en que todos los países del mundo resolvían reducir las emisiones carboníferas.² Otro fenómeno nuevo es la compra masiva de tierras arables por China, para alimentar a su creciente población, y por los países del golfo Árabe (Emiratos y Arabia Saudita en particular) para reducir el costo de sus facturas alimentarias y poder asegurar alimentos baratos a sus trabajadores extranjeros de modo de evitar conflictos sociales.

China sola ha comprado en África y en América Latina 40 millones de hectáreas (más o menos la extensión de Alemania), lo cual pesa sobre las posibilidades de seguridad alimentaria de los países huéspedes, sobre el mantenimiento de los suelos y, sobre todo, sobre la utilización nacional de los recursos hídricos (*El Comercio*, 2016).

La sumisión del sector rural a las imposiciones del gran capital lleva también a la pérdida de soberanía alimentaria y del uso del territorio por cada país.

En efecto, la transformación de regiones agrícolas o de pastos en campos de explotación minera no sólo expulsa a los campesinos y a su agricultura alimentaria variada sino que también deforesta y utiliza el agua de modo criminal arruinando los suelos. El enorme monocultivo de forrajes, como la soya o de caña de azúcar para fabricar biocombustibles para la industria, incluso en períodos de bajo precio del petróleo, provocan una enorme migración a las ciudades o a otros países y cargan a los gobiernos de los países dependientes con el costo social de la educación, la sanidad, la vivienda, la prevención de delitos, el aprovisionamiento en agua y todo tipo de servicios a los incorporados a las megalópolis. El desastre social en

² Para tener una idea de la poco edificante política energética argentina, ver en Wikipedia «Argentina Yacimientos Carboníferos Fiscales» creados en diciembre de 2015, pocos días antes de la segunda vuelta de la elección presidencial.

las zonas rurales tiende a producir miles de Calcutas misérrimas incluso en los suburbios de las ciudades más ricas. El costo social actual es inmenso, sobre todo desde el punto de vista sanitario y de la seguridad de las personas y será aún mayor si se concreta el plan chino de reducir de 50 a 20% el número de campesinos, lo cual llevaría a la formación de grandes latifundios mecanizados y con gran cantidad de agroquímicos que sustituirían los millones de pequeñas explotaciones altamente productivas, tipo jardín, y ecológicamente responsables actualmente responsables de la alimentación de la población de ese país.

Ante la mundialización que determina el curso de las economías nacionales y su inserción en el mercado mundial, por consiguiente, son totalmente anacrónicas las políticas de los gobiernos «progresistas» y su visión localista de la economía. En realidad, mientras esos gobiernos hablan de «blindarse» ante el mercado mundial, mantienen inalterable el tipo de exportaciones, sobre todo de materias primas cuyos precios son fijados por las transnacionales en Londres o en Chicago, así como el tipo de importaciones (necesarias como insumos para las transnacionales en sus territorios o resultado —como las importaciones de alimentos básicos— de la destrucción de la producción agroalimentaria nacional y del dominio del agro por el capital financiero).

El resultado es un discurso nacionalista vacío acompañado de la continuidad en las políticas neoliberales hacia el mercado mundial apenas modificadas con medidas destinadas a reforzar el mercado interno (extensión de las jubilaciones, distribución de bolsas de alimentos, subsidios al transporte y los nuevos hijos, creación de escuelas y de planes de vivienda). Estos salarios indirectos son, por supuesto, necesarios y positivos durante un lapso inicial, pero son vistos como impuestos demagógicos por las nuevas clases medias y por la oligarquía y las transnacionales, que se refuerzan con las políticas de los gobiernos «progresistas» pues para los capitalistas los presupuestos para alimentación, salud y educación son «gastos», «despilfarros» y no inversiones para aumentar la productividad del trabajo ni mucho menos medidas para asegurar un mínimo de justicia social.

UNA LÍNEA INSOSTENIBLE

Esas políticas funcionan durante el período de las «vacas gordas» o sea de los precios altos de las materias primas debido a un funcionamiento más o menos «normal» de la producción capitalista mundial y a la especulación con los precios a futuro. En nuestro continente, dependen sobre todo de los resultados económicos y de las necesidades de importación de China cuya economía sigue creciendo pero a un ritmo menor y con graves problemas de readecuación entre los diversos sectores.

En ese período, en efecto, es posible asegurar al mismo tiempo a los capitalistas tasas de ganancia altas y reducir la extrema pobreza y hasta la pobreza misma con una política redistributiva y de inversiones estatales y subsidios financiados en parte por impuestos a las exportaciones y con los ahorros en divisas provenientes de la sustitución parcial de algunas importaciones por parte de una industria nacional protegida.

Pero el capitalismo funciona cíclicamente. Hace más de ocho años está sumido en una crisis resultante de la disminución del poder adquisitivo de los salarios, del aumento de la desocupación sobre todo juvenil, de la pérdida de salarios indirectos por los asalariados y del aumento enorme de los empleos ocasionales, «informales» y precarios que reducen los consumos.

La falta de inversiones debido a que los mercados de productos no crecen se une a la caída de los precios de las materias primas que los países de este continente exportan principalmente (cereales, forrajeras y oleaginosas, frutas, carnes, productos mineros y combustibles). Los gobiernos «progresistas» pierden terreno porque los empresarios, a los que garantizaron altas ganancias, quieren mantenerlas y aumentarlas a costa de los planes sociales y el Estado, por su parte, carece ya de suficientes medios para subsidiar a aquéllos y al mismo tiempo mantener financiados sus planes asistenciales.

El resultado es una rápida polarización social y política ya que las clases dominantes encuentran insostenibles a los gobiernos que hasta ese momento les sirvieron para salir de la crisis y reconstituir su tasa de ganancia. Esta es la base de los verdaderos golpes de Estado en Honduras, Paraguay, Argentina, Brasil y del que prepara la oligarquía venezolana.

Como los gobiernos «progresistas» (salvo casos excepcionales como el de Hugo Chávez) hablan de unidad nacional entre los explotadores y explotados, de representar a toda la Nación (que no existe como unidad), incluso –como Cristina Fernández de Kirchner– de desaparición de las clases y, por ende, de su lucha,³ no preparan a los trabajadores para que estos terminen con el régimen de explotación, de opresión y de discriminación étnica y social que les oprime y que impide el desarrollo material y cultural del país, y sobre todo de los habitantes de las zonas rurales.⁴

El capitalismo se sostiene gracias a la explotación pero también a la dominación, a la aceptación como si fuesen naturales de sus valores y de su ideología los cuales tienen origen en la historia y han sido impuestos por los aparatos ideológicos de las clases dominantes (iglesias, escuela, prensa, aparatos culturales de aprendizaje).

El individualismo contra el colectivismo y la cooperación, el egoísmo contra la solidaridad y el comunitarismo, la disciplina impuesta por el Estado frente contra el pensamiento crítico y el libre albedrío, la sumisión a reglas y preceptos morales que son otras tantas imposiciones de la religión imperante en cada país y no leyes naturales: esas son las armas de conquista de las subjetividades de los oprimidos desarrolladas al máximo y propagadas por los medios de información en esta fase de la mundialización capitalista avanzada.

Porque el pensamiento no se construye ya como en el pasado –en disputa con otros modos de pensar– en la comunidad, la familia, la fábrica, el barrio y no sólo en la escuela y en la aceptación de lo que quieren hacer aceptar los medios de comunicación capitalistas. Con las familias duramente afectadas por el doble trabajo y las migraciones, las comunidades en disolución y las fábricas amenazadas por la desocupación, los barrios convertidos, en mejor de los casos, en meros dormitorios y los intelectuales señeros y formadores de la opinión pública del pasado en desaparición, los medios audiovisuales creados para la diversión y el embrutecimiento

3 Asumiendo como propias las posiciones sobre el populismo de Ernesto Laclau.

4 Dos niños indígenas murieron de hambre en Argentina a inicios de septiembre de 2016 en la provincia norteña del Chaco cuando el PIB per cápita argentino es de casi 15 mil dólares anuales (esa cifra, naturalmente, como todos los promedios, esconde la miseria de vastos sectores y la extrema opulencia de unos pocos. El fabulista italiano Triulssa escribió que, según las estadísticas, cada italiano comía por año siete pavos, pero que alguien se comía los suyos).

de los sectores pobres consumidores de productos de base se convierten en supuestos medios de información (en realidad, de difusión de ideas intoxicadoras).

Los gobiernos «progresistas» dan como válidos y universales los valores capitalistas. Difunden el egoísmo, la competencia para hacerse ricos, «ascender en la escala social», el hedonismo. Reprimen y combaten la solidaridad, las soluciones cooperativas, colectivas. Educan en el provincialismo más mezquino y en el nacionalismo, por definición excluyente y base de la xenofobia, hablan de «naciones» que no son tales y lo hacen, para colmo, en una fase histórica marcada por enormes migraciones forzados mestizajes. Someten a los indígenas, campesinos, trabajadores, a la ideología capitalista y presentan como interés de todos una política favorable a los más poderosos. Según ellos, «México exporta automóviles» pero quienes los exportan son pocas compañías extranjeras que explotan el trabajo barato en México. «Argentina puede alimentar al mundo» pero las exportadoras agrícolas son cuatro empresas transnacionales que, además, producen soya a costa de los alimentos en Argentina y acaban con los campesinos.

Los gobiernos «progresistas» no educaron políticamente a los grandes sectores populares que les apoyaban; por el contrario, combinaron una retórica pauperista con el fomento del consumismo y de las necesidades superfluas que imponían las inversiones extranjeras. Ellos sustituyeron la participación y el poder de los de abajo y la planificación de las prioridades estatales por los propios ciudadanos para inflar el aparato estatal capitalista y sustitucionista en vez de construir una nueva red productiva y relaciones estatales sobre la base de reordenamiento del territorio (recursos, transporte, fletes, abastecimiento) por los habitantes de las diversas regiones. La Argentina kirchnerista, por ejemplo, lanzó satélites y experimentó lanzadores costosísimos mientras aún hay hambre y desocupación, y financió a las grandes productoras de camiones (como la General Motors) en vez de reanimar la construcción de trenes de carga y pasajeros y de su una vez importante flota naviera para reducir el coste del transporte de mercancías y lograr comunicaciones fáciles entre todas las localidades rurales.

De esta manera, los gobiernos «progresistas» facilitaron ideológica, política y económicamente su reemplazo por las derechas aliadas a las

transnacionales, que jamás sufrieron mermas en su poder económico. Cuando cayó el precio en el mercado mundial de las materias primas que exportan los países con gobiernos «progresistas», estos se quedaron sin una fuerza social para resistir y fueron fácilmente derrocados o sustituidos sin lucha alguna. La minoría de aventureros de clase media conservadores o de jacobinos a la García Linera quedó sumergida por la oleada de migraciones hacia la derecha de los derechistas, partidarios del Opus Dei y proimperialistas que había reclutado. El vicepresidente –Julio Cobos– nombrado por Néstor Kirchner para conseguir votos derechistas, por ejemplo, votó con la oligarquía la reducción de impuestos a los soyeros; dos primeros ministros (Alberto Fernández y Sergio Massa, éste informante asiduo de la embajada estadounidense durante el gobierno «progresista») son hoy sostenes de Macri; varios gobernadores del Opus Dei que eran el principal apoyo de Cristina Fernández votan los proyectos macristas para mantener sus cargos y sus enlaces con la gran minería, y un ministro kirchnerista (el de Tecnología) sigue en el gabinete de Macri protegiendo, como lo hacía ya en el gobierno anterior, a Monsanto.

EL DESARROLLO RURAL HOY

Para terminar, y de acuerdo con las normas éticas establecidas por los gobiernos de derecha que padecen los grandes países de nuestro continente, me permitiré un autoplagio:

«Somos la primera generación en la historia de la humanidad en la que los grupos de socialización primarios -la familia, la comunidad, el entorno social inmediato- perdieron la primacía al formar las necesidades de sus hijos, tal como destacó el historiador Edward P. Thompson. Así, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, en la actualidad es impensable separar la cuestión agraria de la defensa del ambiente, de la salud pública y de la lucha por una alimentación sana y funcional para la población» (Almeyra et al., 2014:13-14).

O sea, es imposible separar el desarrollo rural de la lucha política anticapitalista porque ya no es posible como en otras fases históricas, aunque sólo fuese por las transformaciones climáticas, la subsistencia de comunidades indígenas o campesinas que combinan el autoconsumo con la participación de algunos de sus miembros en el mercado de trabajo.

Esto no quiere decir que no sea necesario dar respuestas puntuales a quienes, aún dominados por la ideología capitalista, se limitan a pedir mayores precios por sus productos, créditos, subsidios, medidas de protección, ni que no sea posible realizar experiencias puntuales exitosas y creativas de mejora de las condiciones campesinas. Sólo pretendo destacar que esas micromejoras dependen de los cambios brutales impuestos en el terreno macroeconómico, como las devaluaciones o la utilización de las divisas, no para importar instrumentos e insumos, sino para pagar una deuda externa siempre creciente.

Un gobierno «progresista» que defienda como único y natural marco para su actuación el sistema capitalista no podrá reformar ni desarrollar nada, acelerará las migraciones que vacían el campo o hacia el exterior o hacia las grandes ciudades, aumentará la concentración de la riqueza en un polo y de la pobreza en el otro, la dependencia del capital financiero internacional y, en el caso mexicano, la integración total del país en la órbita de Estados Unidos. El desarrollo de formas de autoorganización, de autonomía territorial, de poder popular, en todas las regiones y la independencia política de indígenas, campesinos y trabajadores de todo tipo, por el contrario, gracias a los millones de emigrados que son vasos de comunicación, difundiría esas movilizaciones en el seno del Monstruo a que se refería José Martí.

No hay, por lo tanto, fórmulas para el desarrollo rural fuera de las que están aplicando quienes resisten colectivamente al despojo que aplica el agronegocio o los que forman organismos autónomos semiestatales para defenderse de la agresión del Estado capitalista y de sus socios narcotraficantes o transnacionales. El desarrollo rural es formador político, en las movilizaciones y en la teoría, de movimientos anticapitalistas federados que luchen por imponer un cambio social en sus respectivos países, o no tiene perspectivas.

REFERENCIAS

- Almeyra, G. 2016. «El talón de hierro». *La Jornada*, 7 de agosto. México.
 Almeyra, G.; L. Concheiro B.; J. M. Mendes P. y C.W. Porto-Gonçalves (coords.). 2014. *Capitalismo: tierra y poder en América Latina (1982-2012)*. UAM-CLACSO-Ediciones Continente, México. pp. 13-14.